

Reseña. Milicianas. Mujeres republicanas combatientes, Ana Martínez Rus

Catarata, 2018, 128 pp.

ISBN: 978-84-9097-441-4

Milicianas. Mujeres republicanas combatientes es un libro de Ana Martínez Rus, profesora titular de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid, especializada en historia de la edición y la lectura en la España del siglo XX. La obra viene a culminar un trabajo de recopilación absolutamente necesario para abordar la singularidad de la mujer guerrillera durante la Guerra Civil, con la necesaria desmitificación del mito.

El libro consta de una introducción y cuatro capítulos, además de las conclusiones y la bibliografía. En la introducción se muestra el objetivo de la obra: rescatar la vida y la trayectoria de las milicianas con el rigor objetivo que se requiere, situándonos en lo que fue la realidad de estas mujeres y el mito que se generó en torno a ellas, así como la justificación de la necesaria recopilación de todas las obras publicadas, dedicadas o relacionadas de una manera u otra con esta representación.

En los dos primeros capítulos nos presenta la contextualización de las mujeres en la España contemporánea: la Segunda República y la Guerra Civil, un marco contextual para situarnos en el tiempo y las características de la época.

El primer capítulo es esclarecedor para conocer las herramientas sociales de las que estas mujeres disponían, una legislación, materializada en la Constitución de 1931, que permitía la igualdad jurídica y política entre hombres y mujeres.

En este sentido podemos afirmar que el contexto republicano posibilitó las condiciones necesarias —aunque no suficientes— para transformar radicalmente las relaciones de género, tanto en el ámbito público como en el privado. (p. 17)

En este desentramado de la legislación vigente se esgrime la polémica victoria del voto femenino y la conquista de otros derechos indispensables para la liberación femenina, como el divorcio. En esta nueva etapa, las españolas podían vivir sus relaciones amorosas y sexuales con libertad al margen de la moral religiosa y civil (p. 31). Fue el momento del nacimiento de asociaciones feministas, como la ANME (Asociación Nacional de Mujeres Españolas), la UME (Unión de Mujeres Españolas), el Lyceum Club o la Asociación Universitaria Feminista; fue el momento de la Agrupación de Mujeres contra la Guerra y el Fascio o el grupo de Mujeres Libres.

Ya conocedores de ese marco histórico, político y social de estas mujeres, podemos comprender su compromiso político y su militancia. Ellas querían formar parte de la defensa de un ideal que compartían y por el que tenían claro que iban a luchar; luchar por un mundo mejor, ese que tímidamente habían experimentado durante los años de la República y que, con el devenir de la guerra, se vislumbraban los negros nubarrones que se cernían sobre su cotidianidad.

Estas mujeres milicianas, comprometidas ideológicamente, decidieron luchar en el frente, no solo en defensa de la democracia, como sus compañeros, sino que ellas también lo hacían para defender y no perder los derechos adquiridos. Pero su

compromiso no fue lo suficientemente reconocido, ya que esa actitud transgresora para los cánones de la época provocó un rechazo social que, tímidamente, está siendo reparado en la actualidad con obras como, por ejemplo, esta que estamos reseñando.

Después de haber comprendido esto, nos adentramos en el tercer capítulo, dedicado al escenario bélico, a la estética de las milicianas y a su compromiso militar. El capítulo comienza con un tema muy interesante, la estética de las milicianas, es decir, el uso de pantalones y monos. Esta nueva estética era propia de nuevos tiempos, de mujeres que querían mostrar una nueva imagen, la de mujeres luchadoras, independientes, libres. Para ellas, el uso de pantalones, tan de moda ya en el resto de Europa y en Estados Unidos, simbolizaba el paso definitivo hacia la igualdad.

A lo largo del capítulo, la autora nos muestra varias fotografías de la época donde aparecieron las milicianas como reclamo político y símbolo de la resistencia antifascista, algo que sucedió solo durante los primeros meses de la guerra. A finales del otoño de 1936, unos decretos aprobados por Francisco Largo Caballero imponían la conversión de las milicias en un ejército oficial, por lo que las mujeres se vieron forzadas a retirarse. El decreto no imponía su marcha, pero era obvio que en el Ejército todavía no había cabida para ellas, algo implícito en la mentalidad de la época:

Categorícamente, declaro que mujeres en las trincheras, no debieran existir; esta es mi opinión. ¿Por qué? Porque la mujer en la trinchera, más que necesaria, es un estorbo, que retrasa la hora de la victoria y es un estorbo, porque allí donde hay una mujer entre soldados, esta, aunque sea involuntariamente —unos, porque son débiles ante el sexo débil y otros contagiados por sus gracias, siempre felinas— resta pensamientos y vitalidad combativas, que, como anteriormente digo, hace retrasar la hora de la victoria. Pues que inmediatamente desaparezcan absolutamente todas las mujeres de las trincheras y en las mismas solo queden hombres, «machos» dispuestos a dar cien vidas (...). (p. 62)

Para que las mujeres abandonaran las milicias, se empleó una ardua campaña publicitaria en la que se instaba a que dedicaran su esfuerzo y valía en los trabajos de retaguardia, tan necesarios en aquellos momentos. Fue una campaña de convencimiento desde la sistemática patriarcal que llegó al punto de comparar a la miliciana con la prostituta, una acusación decisiva que forzó el abandono de la lucha activa de muchas mujeres.

No todas siguieron estas consignas, aunque aquellas que decidieron seguir formando parte de la milicia no siempre desempeñaron roles equitativos a los de sus compañeros. Ellas eran las encargadas de las tareas administrativas, de preparar la comida, de lavar la ropa, de las tareas sanitarias. Algunas no aceptaron de buen grado este cometido adjudicado por razones de género y así podemos corroborarlo con el testimonio de Mika Etchebéhère¹, quien nos cuenta que, al pasarse dos milicianas del Quinto Regimiento a la columna del POUM, donde ella era capitana

1 Etchebéhère, Mika. (1976). *Mi guerra de España. Una mujer al mando de una columna de combate*. Plaza y Janés.

de la segunda compañía, una miliciana le explicó por qué decidieron cambiar de compañía:

(...) He oído decir que en vuestra columna las milicianas tenían los mismos derechos que los hombres, que no lavaban ropa ni platos. Yo no he venido al frente para morir por la revolución con un trapo de cocina en la mano. (p. 69)

Desempeñando unos u otros roles, el trabajo de estas mujeres fue decisivo para el sostenimiento de la guerra y para la defensa de la República.

En cualquier caso, estas ínfulas de emancipación se vieron totalmente disipadas con el triunfo del bando sublevado.

El capítulo cuarto nos muestra la experiencia de vida de varias mujeres que fueron milicianas, con un homenaje merecido a aquellas que fallecieron en el campo de batalla. Este capítulo nos muestra una radiografía de aquellas mujeres valientes, un amplio elenco, incluidas aquellas extranjeras que se unieron a las Brigadas Internacionales. Con un estudio más pormenorizado, nos regala la experiencia de la anarquista María Pérez Lacruz, La Jabalina; de la comunista lesbiana, Fidela Fernández de Velasco Pérez, Fifi, quien defendía que las mujeres fueron más valientes, más resistentes y aguantaban el dolor mejor que los hombres (p. 102); de otras que han pasado a la fama por sus hazañas, como Rosario Sánchez Mora, la Dinamitera, a quien Miguel Hernández dedicó un poema; y, la argentina Mika Etchebéhère, conocida por haber narrado sus vivencias en un libro publicado en París en 1975, que llegó a España por Plaza y Janés en 1976. Y de otras, como la médica Amparo Poch y Gascón; la maestra Enriqueta Otero Blanco; Aurora Arnáiz Amigo, que estudiaba derecho cuando estalló la guerra; Julia Manzanal Pérez, Chico, una miliciana que vestía con la indumentaria de los hombres; y, Casilda Hernández Vargas, una miliciana vasca que participó también en la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial.

Esta obra no ofrece, ni pretende ofrecer, datos cuantitativos, ya que es imposible conocer el número exacto de mujeres que decidieron dejar su cotidianidad para adentrarse en la guerra, pero sí nos ofrece datos cualitativos muy significativos. Las metas y objetivos de estas luchadoras estaban claramente influenciados por el peso de un discurso patriarcal que situaba a las mujeres en el espacio privado y que las cohibía de participar en el espacio público, en la guerra: un espacio reservado al hombre guerrero.

Desiré Rodríguez Martínez
Universidad de Alcalá
desiroma79@gmail.com

Recibido el 13 de febrero de 2022
Aceptado el 13 de mayo de 2022
BIBLID [1132-8231 (2023: 383-385)]

